



**Gral. Arquitecto
Alfredo R. Campos**

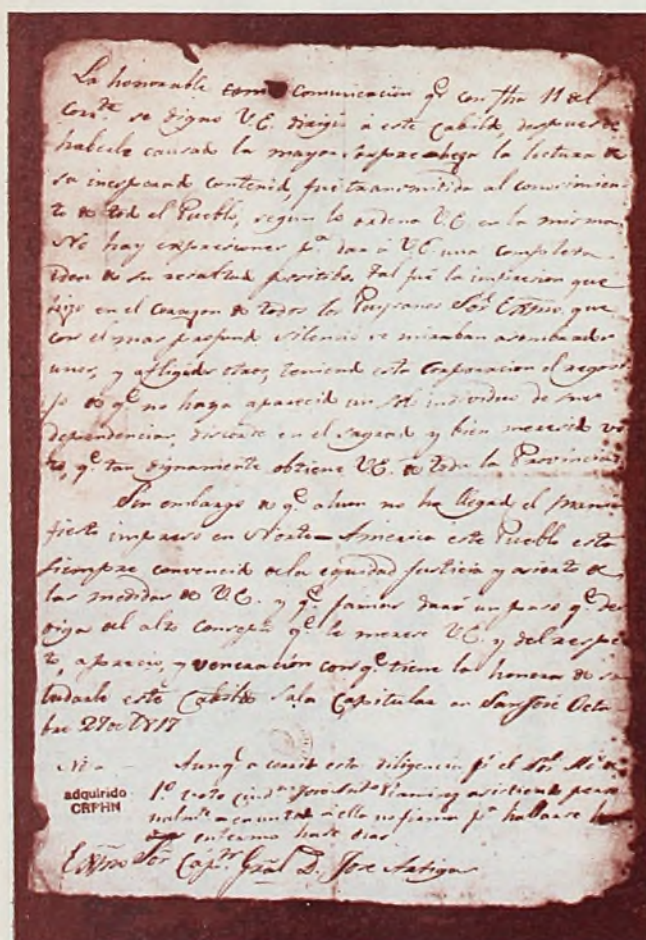
Enaltecíó a la República con sus virtudes cívicas, su ilustración y su cultura superior. Llevó su noble señorío espiritual a su actuación pública y a su vida privada, y como militar, como arquitecto, como his-

toriador, fue uno de esos ciudadanos que dan relieve a una nación. Su fallecimiento, ocurrido el 10 del corriente, priva al Uruguay de uno de sus grandes hombres.

En el 206º
aniversario
del nacimiento
de Artigas

La respuesta josefina de 1817 a Artigas

Los López, de honda raigambre antiartiguista, conservaron en su archivo este precioso oficio original por el cual Artigas consultó ante el Cabildo de San José su permanencia al frente de los destinos de la Provincia Oriental avasallada



La copia de la respuesta maragata ante la consulta artiguista

"Una voz general sonó en el concurso: «¡Viva Artigas! ¡Viva nuestro jefe Artigas!» A él nombramos al principio, él ha de ser nuestro jefe mientras le dure la vida, y muy contentos con cuanto ha hecho estamos, y con cuanto en lo sucesivo haga". Del acta extendida en Colonia, el 20 de octubre de 1817, en convocatoria popular para decidir la actitud a asumir ante la consulta artiguista de esa época.

UNA deuda espiritual con estudiosos y docentes amigos maragatos, en una nueva oportunidad de recordación artiguista, me hace cumplir con ellos desde estas páginas, reexhumando y revelando documentos inéditos total o parcialmente, de singular interés complementario sobre aspectos y facetas imponderables, por su alta significación de contenido cívico y popular, ostentando en momentos cruciales de la nacionalidad, y bajo la presión de armas invasoras.

BAJO LA "SUBLIME INTRIGA"

Desde inicios de 1817, el invasor foráneo de la Provincia Oriental autónoma estuvo en posesión de zonas fundamentales de su territorio, por medio de un ejército numeroso, aguerrido, y singularmente armado; en especial en la propia capital de Montevideo, cuya evacuación había sido dispuesta en los planes defensivos del artiguismo. Por entonces, en realidad los lusitanos sólo fueron dueños del suelo que pudieron pisar bajo la fiscalización de sus armas.

En tanto, desde los mismos instantes de la invasión, se habían venido realizando gestiones de auxilio y vinculación con las autoridades del Directorio y del Congreso de Tucumán, obligadas moralmente por el más elemental y fraterno deber de solidaridad, a acudir, por cualquier medio a su alcance, a prestarlos, incluso, en salvaguardia futura de sus propios intereses morales. Claro que todo, en el urdimiento de una "sublime intriga" (como la calificara uno de sus conspicuos gestores), en trama que hasta llegó

a determinar el área de persecución geográfica de Artigas, que muchos (y desde luego su víctima) desconocieron hasta que la suerte estuvo echada.

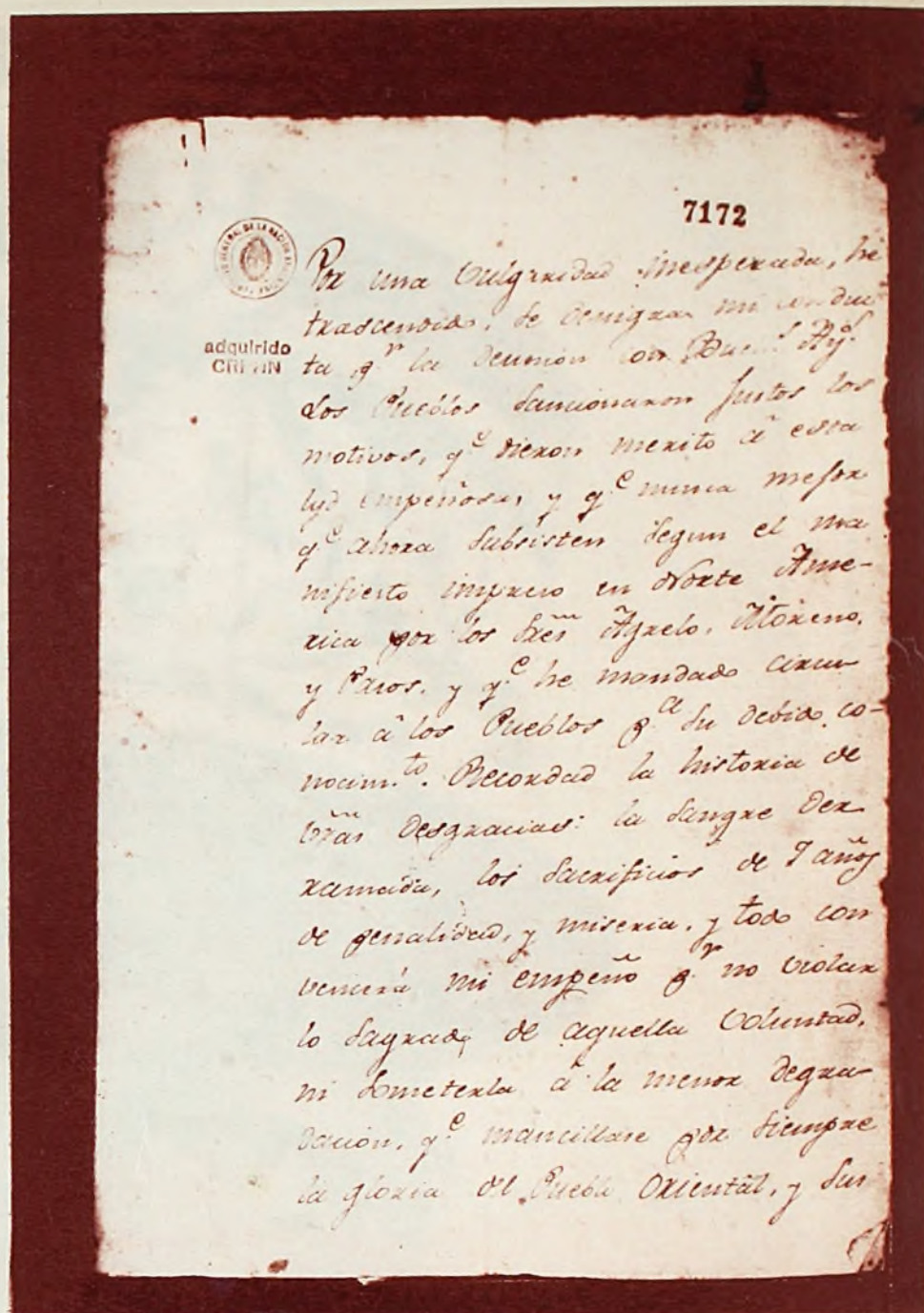
Los resultados de esas gestiones terminaron prácticamente con las exigencias impuestas y aceptadas a su riesgo y cuenta por Durán y Giró ante el Director Pueyrredón, que ni el Cabildo de Montevideo, ni Miguel Barreiro (sus mandantes), ni menos Artigas, aceptaron. Este sentenció lapidariamente: "El Jefe de los Orientales ha manifestado en todos tiempos que ama demasiado su patria, para sacrificar este rico patrimonio de los Orientales al bajo precio de la necesidad".

Algunos paisanos no estuvieron acordes ni con la actitud, ni con la desvinculación. Incluso hubo oficiales importantes que gestionaron con éxito, pasar a Buenos Aires, con sus fuerzas orientales para no intervenir en el conflicto, sustrayendo en ese último cuarto de 1817, sus hombres y armas, en la contienda contra los lusitanos.

NUEVA CONSULTA POPULAR

En la coyuntura, Artigas decidió una de las consultas populares características de su actuación. En el mismo momento en que llegaban al Río de la Plata, ejemplares del manifiesto publicado en Baltimore por los federales desterrados de Buenos Aires por Pueyrredón, no sólo por oponerse a su política, si también por defender desde las páginas de los periódicos porteños (que calificaron la acción política del artiguismo como "venerando dogma democrático"), a la provincia Oriental invadida, al propio Artigas, y por reclamar su ayuda inmediata.

Justo Maeso divulgó en 1885 en "Artigas y su época", el contenido del oficio en que el Jefe de los Orientales formalizaba la consulta al soberano. A tra-



mas signados Derechos. He adelantado mis pasos con aquel Gobierno ansioso de sellarla sin estrépito, y en cada uno he hallado un nuevo obstáculo a realizarla.

Si esta idea no está bien grave en el corazón de los Pueblos, ruego que quieran aceptar estos mis votos: Los Pueblos son Libres a deliberar de su suerte, y mi deseo todo decidido a su Suprema resolución.

Si mi autoridad es un obstáculo a este remedio está en vuestras manos depositar en otro la pública confianza, y ajustar vuestras ideas a los deberes, y así como por la Patria, y el voto de vuestros conciudadanos. Yo me doy por satisfecho con haberlos llevado hasta el presente con honor, y contribuir por mi parte al mismo a sellar la felicidad del País.



Espero hará V. inteligible esta mi decisión a todo el Pueblo, y me responda abiertamente de su resultado y adoptar la medida conveniente.

Tengo el honor de saludar a V. con todo mi afecto. Pro
rifica de H. S. de 1817.

Jose Artigas

Y V. L. de San José

vés del tiempo transcurrido, se han ubicado otros similares dirigidos a las autoridades de Colonia, Minas, Rocha y San Carlos, éste revelado aquí mismo por R. Francisco Mazzoni el 1º de julio de 1945). Me ha tocado encontrar recientemente en el Archivo General de la Nación Argentina, entre piezas que pertenecieron a encarnizados adversarios de nuestro personaje (papelera de los López), otro oficio de tenor afín, con leves variantes, con el indudable mérito de tratarse de una pieza original, de texto caligráfico de la pluma de José Monterroso, suscrito por el propio Artigas. Su contenido desarrollado y actualizado es el siguiente:

AL ILUSTRE CABILDO DEL PUEBLO DE SAN JOSÉ.

Por una vulgaridad inesperada he trascendido, se denigra mi conducta por la desunión con Buenos Aires. Los pueblos sancionaron justos los motivos que dieron mérito a esta lid empeñosa, y que nunca mejor que ahora subsisten según el manifiesto impreso en Norte América por los señores Agrelo, Moreno y Paso, y que he mandado circular a los Pueblos para su debido conocimiento. Recordad la historia de vuestras desgracias; la sangre derramada, los sacrificios de siete años de penalidad y miseria, y todo convencerá mi empeño por no violar lo sagrado de aquella voluntad, ni someterla a la menor degradación, que mancillase por siempre la gloria del Pueblo Oriental, y sus más sagrados derechos. He adelantado mis pasos con aquel Gobierno ansioso de sellarla sin estrépito, y en cada uno he hallado un nuevo obstáculo a realizarla. Si esta idea no está bien grabada en el corazón de los Pueblos, ruego que quieran aceptar estos mis votos: Los Pueblos son Libres a deliberar de su suerte, y mi deseo todo decidido a su Suprema resolución.

Si mi autoridad es un obstáculo a este remedio, está en vuestras manos depositar en otro la pública confianza, que ajuste vuestras ideas a los deberes que os impone la Patria, y el voto de vuestros conciudadanos. Yo me doy por satisfecho con haberlos llevado hasta el presente con honor, y contribuir por mi parte con el mismo a sellar la felicidad del País.

Espero hará V. inteligible esta mi decisión a todo su pueblo, y me responda abiertamente de su resultado para adoptar las medidas convenientes.

Tengo el honor de saludar a V. con todo mi afecto.

Purificación, 11 octubre de 1817.

(firmado: JOSE ARTIGAS)

La sola transcripción del documento, señala la reiteración democrática y la postura popular del artiguismo; casi a un lustro de la "Oración de Abril" de 1813, reitera sus términos y propósitos. A flor de labios resurge su pronunciamiento sobre la soberanía popular: "Mi autoridad emana de vosotros y cesa por vuestra presencia soberana", reactualizada ahora en plena adversidad y bajo la presión de las fuerzas enemigas. Confirma la solidez y firmeza del pensamiento de autor, que no mellan los secretarios o amanuenses de turno, por más que hayan podido influir en variar el estilo literario.

LA DECISION MARAGATA

La respuesta de los pueblos confirmó el deseo general de su permanencia al frente de nuestros destinos provinciales. Por eso pudo decir al Directorio bonaerense Pueyrredón: "He recibido el contesto de los pueblos a mi propuesta. La mayoría ha librado su suerte a mi decisión". La síntesis conceptual que sirve de acápita a esta nota, y que encabeza el comandante y los jueces pedáneos de Colonia bien puede servir de pauta de la decisión de los pueblos. El azar investigador me permite agregar ahora la respuesta del Cabildo de San José (que estimo inédita), reali-

zada bajo la actuación de su Alcalde de 1er. Voto "ciudadano" José Antonio Ramírez:

Excelentísimo Sr. Capitán D. José Artigas.

La honorable comunicación que con fecha 11 del corriente se dignó V.E. dirigir a este Cabildo, después de haberle causado la mayor sorpresa la lectura de su inesperado contenido, que transmitida al conocimiento de todo el Pueblo, según lo ordena V.E. en la misma, no hay expresiones para dar a V.E. una completa idea de su resultado positivo. Tal fue la impresión que hizo en el corazón de todos los Paisanos, Sr. Excelentísimo, que con el más profundo silencio se miraban asombrados unos, y afligidos otros, teniendo esta corporación el regocijo de que no haya aparecido un solo individuo de sus dependencias, discorde con el sagrado y bien merecido voto, que tan dignamente obtiene V.E. de toda la Provincia.

Sin embargo de que aun no ha llegado el manifiesto impreso en Norte América, este pueblo está siempre convencido de la equidad, justicia y acierto de las medidas de V.E., y que jamás dará un paso que desdiga del alto concepto que le merezca V.E. que tiene la honra de saludarlo este Cabildo.

Sala Capitular en San José, octubre 21, de 1817.

Con seguridad que futuros tomos del Archivo Artigas, a quien ofrendamos la fotocopia de la documentación, agregarán otras piezas fundamentales para perfeccionar esta dramática consulta artiguista al soberano, formulada en forma espontánea en medio de las mayores vicisitudes.

(Especial para EL DIA)

Flavio A. GARCIA

MEMOIRES
DE MONSIEUR
DU GUAY-TROUIN,
LIEUTENANT GENERAL
DES ARMÉES NAVALES,
Commandeur de l'Ordre Royal &
Militaire de Saint Louis.

*Penitum sepulchra distat inertia
Celaus vitiis.* Hor. Ode ix Liv. iv.



A AMSTERDAM,
Chez PIERRE MORTIER.
M. DCC. XLVIII.



Portada de las Memorias de Du
Guay - Trouin, correspondientes
a la edición de 1748

Monsieur René Du Guay - Trouin

Du Guay-Trouin, almirante francés, conquista Río de Janeiro, en 1711



Episodio
de su lucha
contra
la flota
inglesa:
incendio
del
"Devonshire"



Durante la lucha contra los ingleses. El barco de Du Guay - Trouin, el "Jasón", rodeado por la flota enemiga durante una calma. En el grabado, el "Jasón" está señalado por una flor de lis (en cuarto lugar a partir de la derecha)



LA dimensión que pudo tener en su época la personalidad de Monsieur Du Guay-Trouin —Almirante de la Flota Francesa, Comendador de la Orden Real y Militar de San Luis, beneficiario de una carta de nobleza extendida por Luis XIV, etc., etc., en función de sus actividades como marino real o eventualmente como corsario, en acción casi perpetua contra ingleses, holandeses o portugueses—, la da el hecho de que puesto a escribir sus memorias y facilitado e loriginal a uno de sus amigos el manuscrito es copiado en forma subrepticia y plagado de errores y en forma por demás incompleta, dado a publicidad en Holanda, en 1730, por un tal M. de Villepontoux. Este hecho no altera la creencia de M. Du Guay en el sentido de que las memorias son para ser publicadas recién después de muerto su autor y es así cómo la edición original que tenemos a la vista es de 1748, mientras que su fallecimiento se producía en 1736.

Este caballero bretón, había nacido en St. Malo, en 1673, e integraba una familia de marinos que lo mismo hacían tráfico comercial, que alistaban buques para operaciones de corso o para auténticas acciones bélicas bajo pabellón real.

Nacido casi sobre la cresta de una ola, era lógico que a los dieciséis años obtuviera permiso paterno para embarcarse en una fragata —la "Trinité"— que integraba la flota francesa en la guerra recién declarada por Luis XIV contra Inglaterra y Holanda. La sangre marinera que corría por sus venas y el coraje de que hizo gala en las andanzas de ésta y de otra fragata gemela fueron tales, que su familia decide armar un buque de este tipo con catorce cañones y otorgarle su comando cuando apenas contaba dieciocho años de edad.

La leyenda que luego rodeara su nombre ya tenía su plataforma, pero, si a sus notables triunfos contra las flotas enemigas —que lo llevan al tope del escalafón a los treinta y un años—, le sumamos sus reconocidos éxitos entre el sexo opuesto —defendiendo con rara habilidad su soltería— tenemos que reconocer que se aunaban en él los clásicos ingredientes de los héroes novelescos, de lo que se infiere la aureola que rodeara su personalidad y la popularidad que alcanzó, especialmente entre los pueblos marineros de Europa.

A este respecto y a pesar de lo seco y marcial de su estilo, tiene su sabor la precisa descripción de su evasión de Inglaterra, en 1694. Herido y hecho prisionero por los ingleses en una de las tantas batallas que librara contra éstos, es llevado a la base

naval de Plymouth donde, en un principio, se le señala por cárcel la propia ciudad. Así conoce y hace su amante a "une forte jolie marchande", la que luego, cuando es encarcelado a raíz de una denuncia, lo visita con asiduidad en la prisión. Ante su belleza, cae perdidamente enamorado uno de los oficiales de la custodia quien inocentemente, solicita a Du Guay que interceda en su favor. Este acepta el encargo, pero dice poner en duda que el ambiente carcelario sea el más adecuado para llevarlo a cabo y sugiere que su ayuda sería mucho más eficaz si pudiera realizar las gestiones en algún hotel de las cercanías. El criterio es aceptado, mas, el día de la entrevista, nuestro marino en lugar de parlamentar con la "jolie marchande", salta la tapia del hotel y se embarca en una chalupa con la que alcanza las playas de su tierra natal.

Justo es reconocer, que no siempre se aunan en un hombre facetas tan atrayentes como positivas y vaya ello en descargo de quien soportara la maldición de tantas madres por arrastrar a sus hijos a la guerra en el mar, de lo que tenemos constancia por los rastros que de ello han quedado en la tradición familiar.

*

Es, pues, perfectamente lógico, que cuando Francia decide enviar una gran fuerza naval para destruir la ciudad de Río de Janeiro y vengar, de paso, la derrota que poco tiempo antes había sufrido en empresa semejante el Capitán Du Clerc, se eligiera como comandante supremo de la expedición al Señor Du Guay-Trouin. Y así, el 3 de junio de 1711, zarpa bajo su mando, del puerto de Brest, una escuadra de diecisiete buques con una tripulación de casi cinco mil quinientos hombres. El navío almirante, el "Lis" —que era el de más porte—, llevaba seiscientos setenta y dos hombres y el "Chancelier", que era el menor, quince.

Pasan la línea recién el 11 de agosto y avistan los montes de Río el 12 de setiembre, al amanecer. La orden de forzar la entrada se da de inmediato y la escuadra francesa en línea de batalla y dirigida por un piloto conocedor de las aguas, penetra en la bahía a pesar del intensísimo fuego cruzado de los fuertes de la costa y de los barcos de guerra portugueses allí apostados.

Luego de destacar la increíble abundancia de artillería que defendía la plaza, pone de relieve la curiosa vinculación que tenían las distintas fortificaciones con las órdenes religiosas allí establecidas, en estos términos: "La ciudad de Río de Janeiro está construida junto al mar, en medio de tres montañas que la dominan, las que están coronadas de fuertes y baterías. La más próxima a la entrada, está ocupada por los Jesuitas; la del lado opuesto, por los Bene-

dictinos, y la tercera, por el Obispo del lugar, llamado de la Concepción. El 14 de setiembre, había podido desembarcar una fuerza de tres mil trescientos hombres, sin contar quinientos atacados de es-corbuto, que al cabo de cuatro o cinco días ya estaban en condiciones de sumarse al resto de la tropa"; el 19, manda un tambor con una misiva al Gobernador de la plaza, Don Francisco de Castro Morais, solicitando su rendición; éste se niega a hacerlo, seguro de que "el Dios de los Ejércitos no lo abandonará en una causa tan justa"; el 20, comienza los preparativos para un ataque frontal y el 21, consigue apoderarse de la ciudad que, en gran parte, está incendiada.

A pesar —dice— de las órdenes precisas, "la furia del pillaje pudo más que el temor al castigo", de suerte que al día siguiente las tres cuartas partes de las casas y almacenes habían sido robados y tanto las mercaderías como los muebles aparecían "en el medio de las calles y del fango". El fusilamiento de alguno de sus soldados y el trabajo forzado a que sometió al resto, termina por restablecer el orden, pero, mientras tanto, los portugueses habían hundido sus mejores barcos y transportado el oro a la selva. En estas condiciones y teniendo conciencia de que no podría conservar indefinidamente la ciudad en sus manos, Du Guay comienza las tratativas de rescate, que al final, quedan fijadas en seiscientos diez mil "cruzados", quinientas cajas de azúcar, todas las bestias necesarias al abastecimiento de la tropa y además, la recompra de toda la mercadería capturada, por los comerciantes que tuvieran interés en ella.

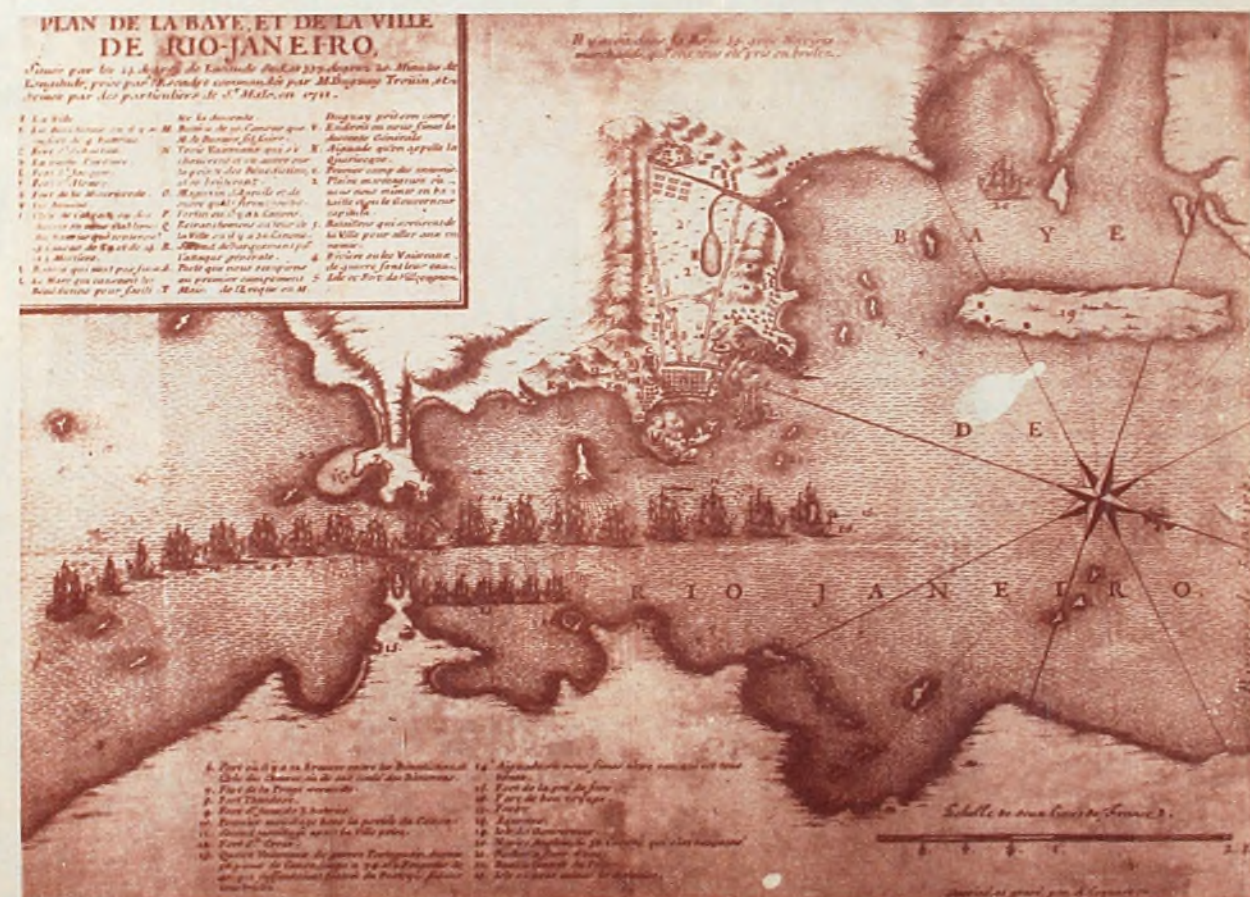
Es así, que el 13 de noviembre, completado el último pago y hundidos todos los barcos de guerra y más de sesenta mercantes portugueses, la flota francesa leva anclas en dirección a la metrópoli a donde llega el 6 de febrero de 1712, o sea, casi ocho meses después de su partida, luego de haber soportado furiosos temporales que hicieron zozobrar dos de sus naves.

El éxito de la expedición colmó de honores a Du Guay-Trouin pues, gracias a él, Luis XIV pudo demostrar a las demás potencias marítimas que estaba capacitado para realizar acciones de envergadura a gran distancia de sus bases y que, en consecuencia, debían redistribuir mejor sus fuerzas y aliviar la presión sobre sus puertos.

Tal, en síntesis, la historia de este legendario bretón, que Francia recuerda con una estatua en el Palacio de Versalles y cuyo nombre, a base de la acción que hemos relatado, ha quedado indisolublemente ligado a la historia bélica de nuestra América colonial.

Juan Enrique LLOVET

(Especial para EL DIA)



Plano de la Bahía de Río de Janeiro, en el que se detallan distintos aspectos de la acción que se refiere en este artículo

Una escena de "El abanico",
de Carlo Goldoni, en la
puesta en escena
de Fantasio Piccoli,
obra con la cual se
iniciará la temporada



LA próxima presentación en Montevideo de un elenco italiano de alta jerarquía, significa siempre una nota artística de justificado interés. Durante muchas décadas, en el siglo, la presencia anual de las compañías dramáticas de Italia, Francia y España, trajeron a nuestros escenarios no solamente a grandes figuras, sino también el panorama dramático universal, a través de las obras que se estrenaban, discutían y aclamaban, en el viejo continente.

Noches de "belle époque" aquellas vividas a principios del siglo, en el Teatro Solís y en el Urquiza, en un marco reluciente de lujo y derroche de una época que pasó, en la que las damas se disputaban la primicia de los últimos modelos y la etiqueta masculina era obligatoria para tener acceso a palcos

Presencia del teatro italiano

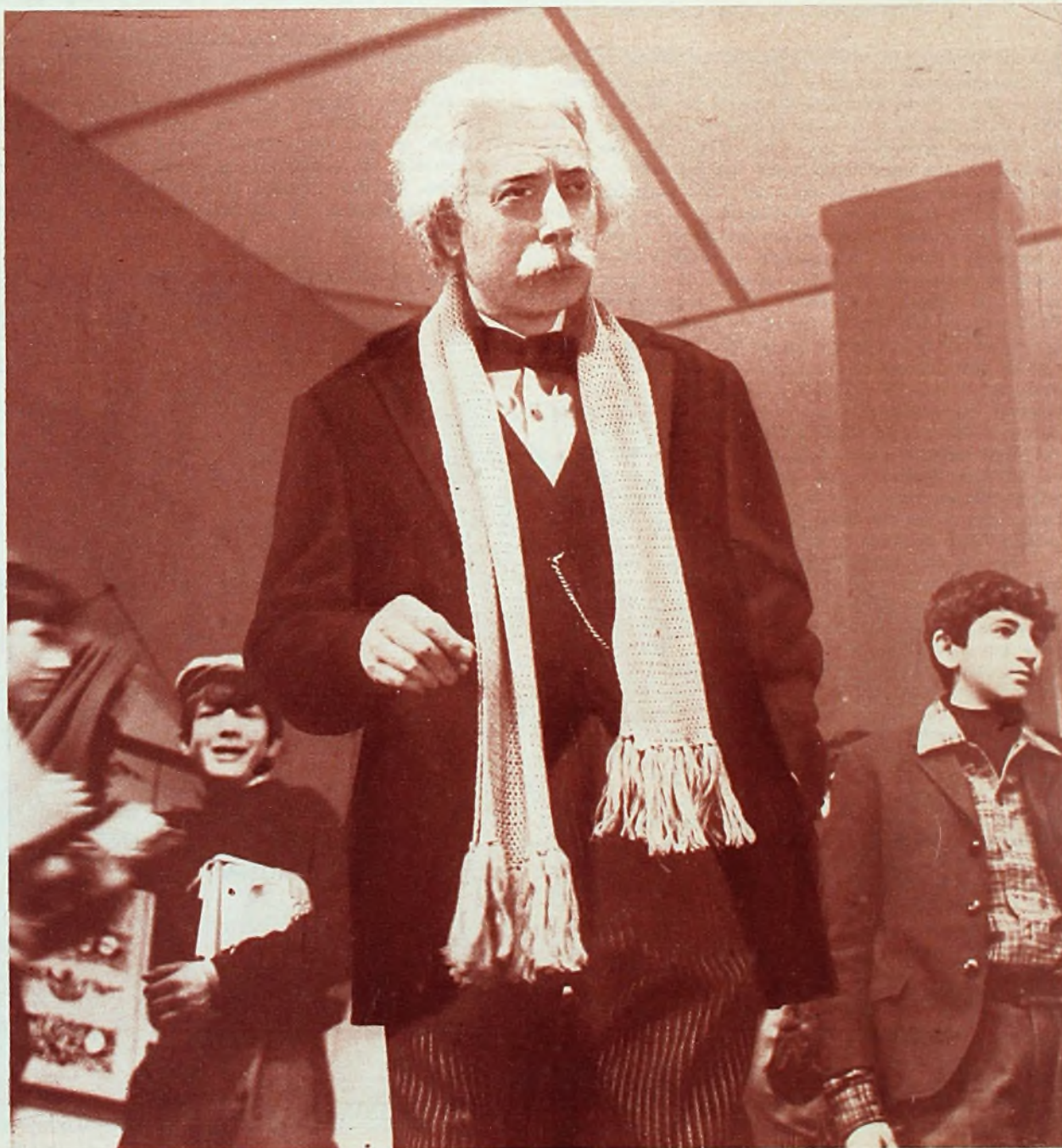
y plateas... Veladas en que las clases populares, abigarradas en la cazuela o paraíso de las salas, disputaban a gritos y aplausos sus preferencias por una u otra primera figura de un elenco...

Así conoció nuestra capital a Eleonora Duse, Tina di Lorenzo, Emma e Irma Gramática, Lyda Borelli, Gustavo Salvini, Ferruccio Garavaglia, Ermette Novelli, Armando Falconi y tantos otros grandes. Así conoció "la tacita de plata", por primera vez, en nuestro primer coliseo, en idioma italiano, la obra "Cyranó de Bergerac" de Rostand que, recién tres años después, se oiría en su idioma original a través de la interpretación de Coquelin, en la temporada inaugural del teatro Urquiza.

La primera guerra mundial puso un paréntesis a la visita de los elencos extranjeros, por los naturales problemas de los países beligerantes y el peligro que significaba la travesía del Atlántico, ante la amenaza de los submarinos alemanes.

En 1922, se reinicia la visita de los conjuntos italianos, correspondiendo al dramaturgo Darío Nicodemi animar una jira americana de real importancia, no solamente por la calidad de las primeras figuras —Vera Vergani, Luigi Cimara, Ruggero Lupi, Luigi Almirante— sino también por la trascendencia de su repertorio universal. La visita de este elenco, se repitió varias veces y es precisamente a este director y a este grupo de comediantes, que debemos el conocimiento de un autor que sigue siendo el primero: Luigi Pirandello.

Entre unas actuaciones y otras de la compañía de Darío Nicodemi, desfilaron posteriormente, año tras



Ernesto Calindri en la
comedia de Luigi Pirandello,
"Pensaci, Giacomino"

Es muy breve el espacio para recordar momentos, episodios y anécdotas que animaron tantas actuaciones deslumbrantes en nuestro país. Es importante destacar que el teatro italiano tuvo influencia viva en la escena rioplatense, en lo que a intérpretes, autores y directores tiene referencia, porque en cada oportunidad fue una alta manifestación de arte y de cultura.

Finalizada la gran guerra, sobre la miseria y las ruinas, el hambre y la desolación, los artistas surgieron con su llama viva y el teatro volvió a renacer. En toda Europa, los comediantes y los escritores lanzaron su grito, un grito nuevo que muchas emociones tenía que expresar... Como para los artistas es siempre hermoso correr por el mundo, volvió el viejo continente a enviarnos sus mensajes, en la voz de los nuevos dramaturgos y de los nuevos intérpretes.

Y así nos sorprendimos una noche en 1947, en el teatro 18 de Julio, ante la presencia de una joven actriz italiana que revivía el prestigio de la escena peninsular, con su gran temperamento dramático, con su estilo moderno de comediante, con su voz cálida y estremecedora: la señora Diana Torrieri, la misma que dentro de pocas semanas estará nuevamente en el escenario del teatro Solís, junto a dos actores de primera línea en el teatro peninsular, como Ernesto Calindri ya aplaudido por nuestro público por su brillante actuación en temporadas anteriores y Pao'lo Ferrarri, y con la dirección de Fantasio Picoli, considerado como uno de los directores más capacitados del momento.

El "Teatro San Bábila di Milano" nos trae, además, un repertorio que incluye junto al clásico Goldoni y al Pirandello de siempre, manifestaciones del teatro actual de los dramaturgos Franco Brusati, Fabio Mauri, Indro Montanelli y Diego Fabbri y una versión

de Eugenio O'Neill, el gran autor americano que siempre tuvo, en Diana Torrieri, a una intérprete de excepción.

El diálogo entre Italia y nuestro país continúa.

De esta nueva temporada a iniciarse dentro de pocos días entre nosotros, habrá de quedarnos, como siempre, una lección y una demostración de buenos comediantes y de un interesante repertorio atento a lo clásico, lo moderno y lo universal.

El señor Piero Monaldi, que en los últimos veinte años ha sido un entusiasta animador de la mayoría de las jiras que los elencos itálicos realizaron por el continente, estamos seguros que, una vez más, cumplirá con honor su afán de mantener latente la misión de acercarnos a Italia, en la noble expresión del arte dramático, tan cerca de nuestro pueblo, de nuestra educación y de nuestra cultura.

ANGEL CUROTTO
(Especial para EL DIA)

año, por la sala del Solís o del teatro Urquiza, los más grandes intérpretes de la escena italiana: María Melato, Ermette Zacconi, Tatiana Pavlova, Itala Almirante... Y detengámonos un momento para recordar que en el elenco de esta actriz, nuestro público conoció, en 1926, a un joven galán de firmes condiciones y gran simpatía personal que, años después, se iba a convertir en un astro del cine mundial como director e intérprete: Vittorio de Sica.

El desfile continuó posteriormente con Evi Maltagliatti, Renato Cialente, Sergio Tofano, Martha Abba —que llegó a Montevideo acompañada por Pirandello allá por el año 1927— para aplaudir, al año siguiente, a Dora Menicchelli y, después, al gran Ruggero Ruggeri, que muchos años antes, en sus comienzos, había visitado Montevideo junto a Novelli.

Quedan entre los recuerdos de grandes actuaciones antes de estallar la segunda guerra mundial, la presencia de Paola Borboni y la despedida —casi octogenario— de un grande entre los grandes: Ermette Zacconi.

en Montevideo



Elenco del teatro de S. Bábila de Milán, que se presentará ante nuestro público en fecha próxima. A la derecha, en primer término, el primer actor Ernesto Calindri y la primera actriz Diana Torrieri

Saint-Benoit sur Loire

La nave central: se pueden apreciar los arcos apuntados de época posterior y las "trompas" sobre las que descansa la torre de base octogonal

Vista general de Saint - Benoit - sur - Loire



"El pensamiento de los siglos duerme en esas piedras que definen un estilo. En los estilos saludamos una depuración, un sello de eternidad, el "hallazgo" después de los afanes de los hombres. La Arquitectura necesita de un pueblo, de una raza, de una civilización, para alcanzar un estilo".

EMILE BAYARD

Cuando se parte de París hacia el sur, en dirección de los Châteaux de la Loire, al llegar a Orléans, vale la pena desviarse hacia el este unos pocos kilómetros, para visitar la abadía de St. Benoit-sur-Loire. El pequeño "détour" —como dicen los franceses— está plenamente justificado.

Recuerdo aún hoy, de mis andanzas por las hermosas y cuidadas carreteras de Francia, a bordo de mi noble 4 CV, recorriendo la Ruta Nacional N° 20, el momento en que pasando por Etampes, al llegar a Orléans, tuve que elegir entre continuar directamente hacia los Châteaux —que eran la meta del viaje— o desviarme un poco y, tomando la R. N. N° 152 hacia el este, llegar a St. Benoit-sur-Loire. La vacilación fue breve y, pese a que el tiempo de que disponía era escaso, decidí visitar el famoso monasterio. No me arrepentí del alargue: antes bien fue una experiencia altamente interesante comparar esta arquitectura del siglo XI, con las manifestaciones artísticas de los palacios renacentistas de las márgenes del Loire. Entre los siglos XI y XVI, mucha agua ha corrido bajo los puentes: de una Europa feudal, cuya cultura estaba relegada a los centros religiosos, se ha pasado a una sociedad en que la monarquía se fue afianzando cada vez más, extendiéndose la cultura a los medios populares. Los intelectuales y artistas se convierten en un privilegio aristocrático y, por lo tanto, son llamados a los castillos y palacios a fin de dar brillo y esplendor a las reuniones. A causa de tales contactos, indudablemente los cortesanos se van cultivando y, por ello, el saber se va extendiendo gradualmente.

El arte, por lo menos, va siendo cada vez menos rural, para convertirse en urbano. Deja el campo y entra en las residencias nobles. Junto con ello pierde rusticidad, sencillez y franqueza. Se hace más sutil, refinado, amanerado.

Por eso la visita a St. Benoit-sur-Loire resultó sumamente instructiva, al permitirse comparar estas dos épocas tan distintas, pero con valores intrínsecos las dos y dignas de ser admiradas hoy en día. De su estudio comparativo surgen enseñanzas aplicables siempre. Cada época pone el acento en determinado aspecto y exalta valores en detrimento de otros. Pero normalmente, los ejemplos que perduran de cada civilización, de cada época, son los mejor logrados dentro de ese arte. Y ello siempre obedece a los mismos cánones y principios que, por consiguiente, son universales. Cuando una obra está bien compuesta, no importa en que estilo ha sido hecha; perdurará como cosa bien lograda y podrá aspirar al juicio máximo que le pueden brindar los hombres; seguir admirándola a través de los siglos. Ese don exquisito, es como agua de Juvencia, que la hace siempre joven, siempre hermosa. Y el ejemplo que nos ocupa, recibió de mano de sus constructores ese toque mágico.

La basílica fue construida entre 1087 y 1218 y su aspecto, en sus orígenes, era algo distinto al que ofrece hoy día. En efecto: las torres actuales eran más altas y por ende, más elegantes y munidas de flechas. Además, los extremos del "falso transepto", estaban coronados por sendas agujas luego desaparecidas.

El campanario sobre el porche, actualmente desprovisto de otro piso y de una torre, fue recubierto después de pizarras. El aspecto, naturalmente, es más pesado, más macizo, menos esbelto, en una palabra. El conjunto da una impresión de solidez, de masa adherida permanentemente a tierra y no de cosa audaz verticalizante, como se dará posteriormente en el gótico.

Lo que realmente es una delicia, es el porche en sí. En él, los escultores medievales dieron rienda suelta a la imaginación y fantasía, poblando los capiteles con escenas tomadas de la Biblia, pero interpretadas bastante libremente. Causa admiración esta estatuaria románica, un tanto primitiva e ingenua, sí, pero de un sabor fresco, espontáneo, nada rebuscado.

Después de las invasiones bárbaras se había perdido, en este período constantemente convulsionado,

el gusto por las artes y con ello, las técnicas capaces de producir obras perdurables.

En la Alta Edad Media se comenzó, por tanto, casi a "fojas cero". Los artistas hubieron de aprenderlo todo y en un comienzo, naturalmente, sus obras resultaron algo rudimentarias. El resultado se vio compensado por la honestidad de la factura, producto de un genuino deseo de expresarse. Claro está: en una época en que el predominio de la religión era casi absoluto, el arte reflejaría ese estado de cosas. Por ello, todas las manifestaciones artísticas habrían de tener un trasfondo religioso o, dicho en otras palabras, era únicamente en medios religiosos donde se encontraban obras de arte. Esto que acabamos de decir, se trasunta en los capiteles esculpidos del porche, que constituyen una joya única del arte románico en Francia.

La nave, que podemos ver en las fotos, fue realizada casi un siglo después que el porche y ello se advierte en el coronamiento, por medio de bóvedas de crucería, que pertenecen al período gótico.

La planta de St. Benoit es en cruz latina, con una nave central de 10 metros de ancho y 20 de alto y dos laterales menos elevadas, lo que permite que aquella reciba luz directamente del exterior por sobre éstas. En el cruce de la nave central con el transepto, se levanta una torre octogonal, que surge al exterior como un prisma de base cuadrada, terminada en pirámide cubierta de pizarras.

Volúmenes simples, intersecciones netas, conjuntos de sólidos sabiamente dispuestos, dan por resultado una arquitectura feliz, que ha sabido desafiar el paso de los siglos.

El transepto, que originariamente estaba techado con bóveda de medio cañón, fue reconstruido posteriormente, con arco levemente apuntado.

Pero, dentro de la basílica, la parte más valiosa la constituye el coro. Genuinamente románico, está separado del ábside por un falso crucero que originariamente estaba coronado, como hemos dicho, en sus extremidades, por sendas torres hoy inexistentes. En el coro, precisamente, se halla la tumba de Felipe I, es la única, según se cree, que no haya sido profanada jamás.

En la cripta, del siglo XI, se conservan los restos de St. Benoit. Es como una iglesia subterránea y





Detalle de la torre sobre el porche de entrada

Dos detalles de los famosos capiteles del porche, donde el escultor románico desplegó toda su fantasía



en ella se arrodillaron, frente a la reliquia, Juana de Arco y Carlos VII en 1429

El origen de esta Abadía se remonta al siglo VII, en que unos monjes se instalaron en el lugar y construyeron un monasterio con el nombre de Fleury.

El fundador de la orden, San Benito, había fallecido un siglo antes y había sido enterrado en el Monasterio de Monte Cassino, en Italia.

Este monasterio —arrasado en la última conflagración mundial— había sido destruido en el año 660 por los Bárbaros y los restos de San Benito y su hermana Escolástica, yacían abandonados bajo las ruinas.

El abate de Fleury, en aquel momento, no resignándose con el abandono en que reposaban los despojos del santo, manda una expedición de benedictinos con el fin de llevarlos a Francia para ser enterrados convenientemente, en el año 673.

Volvió el monje Aigulfe y sus compañeros con el preciado encargo y, a partir de entonces, el monasterio cambia el nombre de Fleury por el de San Benito.

En cuanto a la hermana del santo, sus restos descansan en Le Mans. Pronto se convierte St. Benoît en lugar de peregrinación, atrayendo a las masas por el prestigio de la reliquia que encierra. Poco a poco el monasterio se va convirtiendo en un verdadero foco de cultura, de donde la ciencia se expande a través de la Francia de entonces: no sin razón se le llegó a llamar "el ombligo de la Galia". En época de Carlomagno, sobre todo, es cuando el monasterio adquiere celebridad: el abate Teodolfo, amigo personal, con-



sejero del Emperador y maestro de notables doctores, ejerce la dirección del mismo y bajo su égida, llegan a contarse hasta 5.000 alumnos.

Además los monjes organizan la labor de copistas de manuscritos, que ilustran con imágenes primorosamente dibujadas y coloreadas.

Pero, este centro de actividad intelectual ha de cerrar sus puertas temporalmente: en los siglos IX y X se producen las invasiones normandas y los monjes deben guarecerse tras las murallas de Orléans, llevando sus más preciados tesoros: las reliquias de St. Benoît y su biblioteca. Pasada la época de convulsiones, retornan al monasterio, pero le sucede un período en que la disciplina se distiende un poco, haciéndose menos severa y perdiendo, como consecuencia, parte del prestigio trabajosamente adquirido. Luego se refaccionó y se restablecieron las costumbres que le dieron celebridad afluyendo los alumnos.

Después la historia recuerda sufrimientos que sería ocioso relatar. Lo esencial fue que en el siglo XV, los proventos del monasterio se distribuyeron entre "comendadores", a menudo laicos, que dilapidaron los bienes atesorados.

En época de Francisco I, siendo abate Odet de Châtillon-Coligny —hermano del almirante Coligny—, se convierte al Protestantismo y deja que las huestes de Condé saqueen el monasterio: todo lo que había en oro, es fundido y vendido, así como la prodigiosa biblioteca cuyos ejemplares se esparcen por toda Europa.

Durante la época de la Revolución Francesa, ha de sufrir nuevos desastres y es así que las construcciones de la Abadía son arrasadas.

A partir de 1835, fue declarada Monumento Histórico y, desde entonces, su preservación es objeto de cuidados especiales.

No sin pena, lo declaramos, dejamos St. Benoît, por su belleza y por todo lo que significó para la cultura occidental. Pero el tiempo no sobraba y había que seguir hacia los Châteaux de la Loire, cuya descripción —que hemos comenzado con Azay-le-Rideau y Chenonceau— proseguiremos en próximos artículos.

Arq. CESAR J. LOUSTAU

(Especial para EL DIA)

(Fotografías del autor)

Recuerdo personal de un centenario

NO de un hombre que ha cumplido cien años aunque ya pasa largamente el medio siglo, sino evocación de un fasto nacional: el desembarco de los Treinta y Tres (1).

Los alumnos de la Escuela Naval, aquellos que recibieron su preparación profesional en el viejo edificio de la calle Sarandí 122, realizaban el juramento a la bandera al cursar el segundo año. Se consideraba que a esta altura de la escolaridad se estaba suficientemente maduro para contraer tan sagrado compromiso.

El 19 de abril de 1925 se acordó que el acto se cumpliera no en la fría y descarnada plaza de armas del establecimiento, sino en la Playa de la Agraciada, allí donde los compañeros de Lavalleja juraron decididos su "Libertad o muerte". El grupo de alumnos a quienes el destino reservó tal privilegio eran: Ramón Appratto, Juan Carlos López de Haro, Luis Laguarda, Gilberto Martínez, Astur Sierra, Rodolfo Mier Oddizzio, Héctor Miralles, Romeo Barcia, Rodolfo Gasdía, Alberto Arbulo y quien estas líneas escribe.

Tras un placentero viaje en dos unidades de la Armada en aquellos tiempos, con una marina reducida se viajaba muy poco —y bajo un sol esplendoroso que encendía emociones en los jóvenes "aspirantes", la ceremonia fue cumplida sobre el arenal histórico, presenciado por un enorme gentío. Y tocó recibir la insignia nacional de la Escuela al autor de estas líneas recordatorias. Sería hipocresía callar cuando los hechos establecieron una realidad. Luego, a la noche, hubo un baile en el club social de la localidad de Nueva Palmira donde las jovencitas anotaban en su carnet de baile un nombre que podía ser una esperanza...

Los años pasaron y cada uno fue cumpliendo su destino: dos de aquellos aspirantes, ya con grado de oficiales de distinta jerarquía, han fallecido; casi todos han llegado a las más altas posiciones dentro del escalafón naval; Appratto fue, además, Subsecretario del Ministerio de Defensa Nacional; Rodolfo Gasdía ha cumplido con éxito los más encumbrados cargos en

la Enseñanza Industrial; otro, López de Haro, sanducero, ha navegado largos años en petroleros nacionales y actualmente ocupa un cargo de responsabilidad en la Dirección de Hidrografía; quien esto escribe llegó a desempeñar el honroso cargo de Ministro de Relaciones Exteriores y le cupo la inmensa satisfacción de integrar el territorio nacional firmando el tratado de límites del Río Uruguay y definir el límite exterior del Plata, base indispensable para la determinación de nuestra jurisdicción en el ancho río y para el trazado del límite lateral occidental de nuestra plataforma marítima.

¿Qué se hizo Gilberto Martínez, que abandonó sus estudios en ese curso de 1925? ¿Dónde vive? ¿Leerá estas líneas recordatorias? ¿Nos dará la emoción de un reencuentro aunque sea epistolar?

A veces pasan largos periodos sin que los componentes de aquella promoción se encuentren, separados por sus respectivas actividades personales. De los que aún vivimos, ¿quién será el primero en seguir a los compañeros que han partido? Al entrañable compañero Barcia me tocó el triste cometido de darle el postrer adiós en una soleada mañana —como aquella de la Agraciada— en el arbolado cementerio del Buceo.

Vivamos, entre tanto y que el recuerdo reviva aquellos momentos felices de nuestro pasaje por la Escuela Naval y la emoción de aquel juramento a la Bandera en un mediodía pleno de sol en el dorado arenal de la Agraciada.

Que esta evocación sea la penetrante voz del llamado a un reencuentro antes que el destino ralee más nuestras filas. La de aquella promoción que fue la más numerosa desde la fundación de la Escuela Naval.

Homero MARTINEZ MONTERO

(Especial para EL DIA)

(1) Este trabajo debió publicarse en el mes de abril; compromisos anteriores del autor obligaron a posponerlo.

Cuaderno de Bitácora

Decir la mitad...

DECIA Renan: "El arte de escribir bien consiste en decir, a lo sumo, la mitad de lo que se piensa, y, por lo menos, una cuarta parte de lo que no se piensa". El autor de *Vida de Jesús* era un agudo e ingenioso maestro de idealismo. Solía usar la fórmula que después vulgarizó Anatole France: "comprender es perdonarlo todo". Sin embargo, no le perdonaron a él, y hasta le reprocharon los que después vinieron, su aire tácito y su idioma implícito. Sobre todo gente como uno de sus discípulos, nuestro González Prada, que prorrumpió en aquello de "Rompamos el pacto infame de hablar a media voz, etc.", frase sonora, pero no de las de mejor gusto ni más exactitud, toda vez que González Prada fue también de los que usaron la media-palabra al menos en verso, que es donde se le conoce menos y donde innovó más.

Nos encontramos ahora frente a la incógnita de indagar qué cosa es escribir bien, y en qué consiste el arte de lograrlo. Desde luego, parecería que hoy se descarta de suyo aquello de "la mitad de lo que se piensa", pues en gran parte la literatura actual dice más de lo que se piensa y, por consiguiente, a menudo, el doble de lo que siente. La novela contemporánea podría dar lugar a reflexiones al respecto. Si la vida es dura —"la chair est triste, hélas, et j'ai lu tous les livres", se quejaba Mallarmé—, relieve de dureza el rodearla solamente de salacidades y de coprolalia, es decir, de basura verbal, de esa basura "municipal y espesa" que nos hace ingrato el subsistir urbano. Ya sabemos, sí, claro que lo sabemos, que a tiempo de desprecio, relatos de desprecio y a veces versos y prosas despreciables. Pero, ¿el hombre se satisface y aprovecha algo de una reduplicación implacable de vulgaridades, las de la vida y las del relato? ¿Será posible acaso que, algebráicamente, de estas dos negaciones resulte alguna afirmación? Debe ser así, puesto que

la tendencia cunde, y puesto que, sin duda, se extiende, al menos provisionalmente, un movimiento con destino fijo: exaltar la fealdad para hacerla más execrable y estimular, a contrapelo, un nuevo tipo de belleza que no esquite a los hechos cotidianos, pero que contenga al mismo tiempo las apetencias más altas que suelen ser también cotidianas.

Digo todo esto, interrumpiendo una tercera lectura de *Cien años de soledad*. En cumplimiento de un rito inevitable, busco en sus páginas lo que quizás no todos procuren ni encuentren: sosiego. A la vez, cae bajo mis ojos otro libro: *Los malos olores de este mundo*, relatos de Ramón Ferreira. Aquel, el colombiano, y éste, el cubano residente en su Isla, nos brindan, por análoga manera, visiones crudas, mas no disgustantemente prosaicas y groseras, de una realidad que participa de lo uno y de lo otro. Los leo con avidez, y no me corro de ningún recuerdo de Celine ni de Beauvoir, de Sartre ni de Moravia, de Brecht ni de la Robbe Grillet, porque de esto y aquello, de acidez y grandeza, de materia y alma están hechos ambos autores.

Es probable que alguien mencione, frente al joven narrador Ferreira, a otros como el avezado Lezama y al neobarroco Carpentier. Menciones inopertunas. Ferreira trae a la literatura de su país un hálito distinto, que, siendo brutal, está saturado de ternura; que siendo áspero, no vela su angustia, y que utilizando un lenguaje perentorio, casi telegráfico (como en *Paso de dos*), deja entre palabra y palabra, como en las juntas de una vieja muralla, un resquicio por donde crece y florece la hiedra. García Márquez continúa, sin proponérselo, una tradición que se enraíza en lo más peculiar de Colombia, la de buscar selva, lejanía, soledad, y olvidar el espacio y tiempo concretos. Sin que haya parentesco visible entre él y Ri-

vera, y Zalamea Borda, y Uribe Piedrahita. Es posible, yo al menos lo creo así, que exista una fácil huella que conduce del uno al otro hasta reventar, como una paloma de pirotecnia chinesca, en el libro ya célebre de García Márquez.

¿A qué esta digresión? No es digresión. Puede que tampoco sea tempestiva, pero no es digresión. Se trata de que nos encontramos frente a un fenómeno colectivo de angustia individual y desequilibrio social, buscando cómo expresar; y, sin querer, las palabras se crispan, también ellas, de lo cual surge una literatura caótica, acaso demasiado deliberadamente. Lo malo estaría cuando algún sabio director de orquesta trate de desarmonizar a estos músicos y convertir la polifonía, de suyo disonante, en un propuesto caos musical. Que es lo que nos ocurre a menudo con ciertas novelas contemporáneas, y lo que, por no repetirse en la poesía, está dejando a ésta como inactiva, en actitud de espera, en la espera o en la busca de la nota, del diapason indispensable para iniciar su auténtica y durable partitura.

Leer es un vicio no tan impune como pretendían nuestros padres. Leer es un delito que conlleva en las perplejidades que irroga, su propio castigo. Lo peor es que existe cierta edad, en que, como decía José de la Luz Caballero, no es ya hora de leer, sino de escribir; o sea cuando se asordan los diálogos y empieza el terco coloquio consigo mismo, esa veta de soledad sonora en que se acendran las esencias y crecen las sugerencias. No obstante, seamos francos, esa hora que puede ser la de hoy para cualquier individuo, no es la de América. Estamos viviendo la edad del grito herido, del alarido intermitente: nuestras letras, nuestra novela lo recogen y amplifican.

Luis Alberto SANCHEZ

(Especial para EL DIA)

TODAVIA me cuesta llamarlo perro. ¡Era tan gente!

Me lo regaló el sargento Alfredo Olivera, el día que cumplí mis ocho años. Olivera supo ser mi mejor amigo policial. Supo porque se lo propuso. Y lo consiguió gracias a dos grandes aciertos suyos. Uno, vestirse de particular mientras estaba en casa. Se habría dado cuenta de que yo les tenía un miedo bárbaro a los uniformes. El otro acierto de Olivera, fue el de conversar conmigo sobre cosas de mayores. La gente le llamaba el milico Olivera. Yo el sargento Alfredo Olivera.

Con aquel regalo del Tango, Olivera selló para siempre nuestra amistad. Todavía recuerdo la mañana de mi cumpleaños, cuando llegó con una cajita llena de agujeros. Apenas lo vi, me dije: "aquí viene un regalo". Cuando el hombre abrió la cajita, me dejó deslumbrado.

—Los amigos regalan amigos. —dijo, y en seguida liberó la pequeña bolita que salió ladrando a los brinco.

Lo recuerdo como si lo tuviera ante los ojos. La mañana estaba sucia. El sol peleaba con unas nubes pardas. El viento se encarnizaba contra los árboles y las pelambres de los animales. Triste, estaba.

Sin embargo, yo de golpe lo vi todo color plácido. Inundado de un azul feliz y de una calma de ensueño.

Y lo vi así, por obra de aquel obsequio del sargento Alfredo Olivera. Aquel obsequio inesperado que fue para mí el Tango.

Desde el día siguiente vivimos el uno para el otro. Se crió poco menos que en mi falda. Llegamos a conocernos como dos amigos íntimos. Se hizo arriero, rastreador, correbichos. Fue mi ayudante de casa y de campo. Me sacó de mi apuro. Me acompañó a lo largo de todos los caminos de la sierra; a lo ancho de las extensiones solitarias; a lo hondo de las inmensas noches campesinas. Sudó conmigo en las brutales faenas veraniegas con vacunos, laneros y yeguarizos. Tiritó en los arcos y las recorridas bajo lluvias y temporales. Compartió mis alegrías y mis tristezas de niño; mis correrías por entre quebradas y pedregales; mis hastíos al vaivén de rondas monótonas; mis grandes miedos nocturnos.

Ovejero puro, tenía todas las virtudes de su raza inteligente y noble. Desde el hermoso vellón tostado que cubría su corpachón de sabueso con alma de cor-

derito, hasta la dulzura infantil de la mirada. Desde la delicadeza casi temerosa del rostro alargado, hasta la conmovedora ternura de sentimientos.

Pero sólo con eso quedaria incompleta la imagen de aquel amigo sin par. Faltaria la suavidad juguetona de su conversación mal llamada ladrido. Y la bondad paternal de su carácter. Y la honradez e, emplar de su conducta.

Faltarían la pulcritud de sus modales y costumbres; la humildad de su temperamento. Faltarían la sensibilidad y la fineza de su espíritu caballer... digo canino.

Yo conversaba con él como con una persona. Y confieso que muchas veces estuve tentado de pedirle a tío Sebastián que le dirigiera la palabra. Si no le pedí, fue por temor de que el viejo se enojase o se me riera en la cara.

Sufri mucho antes de resignarme a que el Tango no fuera más que un perro. Claro, tuve que aprender a resignarme. Un día llegué a una conclusión definitiva. Cuando y como fue, no lo recuerdo. Pero debe haber sido mirándolo repetir por milésima vez alguna de sus perrerías comprometedoras que yo tanto le reprimía. Advertí al fin que, por muchas vueltas que le diera, el Tango era perro sin vuelta.

Pero no terminó en eso mi penar. Otros amargos tragos me esperaban. El primero fue tolerar que —perro y todo como era para mí— el Tango tuviera que ocupar sitio de perro. Me costó mucho, pero también en esto transé. ermití que, delante de cualquier persona que no fuera yo, mi amigo se diera el lugar de su condición perruna.

Eso sí, estando los dos solos o entre perros, nos desquitábamos. Entonces sí, podíamos tratarnos de igual a igual. Contento él, de recuperar su dignidad humana. Contento yo de sentirme tan parecido a él.

Lo que nunca consentí, fue que lo trataran como a un perro cualquiera. Para algo habría de servirme conocer la caterva de cuzcos ordinarios, barbillas malagradecidos, galgos tragaldabas, sabuesos asesinos y toda clase de mestizos indefinidos que vi desfilar por mi casa. Mi perro tenía derecho a que no lo confundieran con rufianes.

Desde luego, nunca faltaba quien me lo rebañase a categorías que yo no podía tolerar. Unos tirándole un hueso pelado, como a cualquier hambriento. Otros, correteándolo a los gritos, como a cualquier hijo de perra.

Todo eso me ponía fuera de mí. Me agarraba unas rabietas de perro. Lloraba como cachorro extraviado. Vuelta a vuelta andaba trezándome a uñas y dientes, como un cimarrón.

Mas también en esto aprendí a ser tolerante. Y para ser fiel a la memoria de mi fiel amigo, debo decir que lo aprendí del propio Tango. Porque sólo él pudo haberme enseñado que ser perro no es tan gran defecto. Y que hasta puede ser una virtud; cuando se es perro con la dignidad con que supo serlo él.

Julio C. DA ROSA

Mi perro Tango





Vista del Palacio Imperial de Viena

mirador Aproximación de Beethoven

DEL mundo hay dos interpretaciones: la de Beethoven y la otra. Si de toda la obra de André Gide me tocara salvar un solo volumen, escogería sin vacilar la "Sinfonía Pastoral". Este librito, de calidad poética insuperable, explica cuanto quiero decir. Abandonada en una miserable casa campesina se encontraba una joven de cuya vida animal apenas podía juzgarse porque se movía. Ciega y sorda, sin que jamás se le hubiera hecho aseo alguno ni pasado un peine, era un pequeño monstruo inferior al perro o la gallina. Un pastor la descubre y se entrega a reparar semejante abandono. El proceso fue largo. Lavándola, puliéndola, enseñándola a moverse, fue surgiendo una mujercita que acabó por oír, animarse, respirar gozosa el aire libre, ciega. Descubrió la naturaleza, por la música, por la "Sinfonía Pastoral". Oyéndola, se formó la imagen que del paisaje, las fuentes, los árboles, los pájaros va dejando en su narración la sinfonía. Llegó un día en que así como se le destaparon los oídos, pudieron destapársele los ojos. Y salió radiante a ver aquella maravilla que ya conocía por la música. Entonces lloró y murió de desencanto ante la mezquina realidad...

*

Recuerdo haber seguido la misma experiencia, al revés. Hitler entró a Viena y se produjo el derrumbamiento que todos sabemos. La gracia y alegría de aquella Viena de siglos, de encanto universal, desapareció detrás de la cortina negra del nazismo. El director de la orquesta sinfónica de Buenos Aires, un austriaco, presentó entonces en el Teatro Colón una versión de Viena a través de su música, comen-

zando por unas páginas de Beethoven. Ante el asombro de unos mil personas, fue surgiendo la Viena indestructible, prodigiosa, imponderable como visitante alguno podrá verla ni sentirla jamás. Nunca he asistido a una conmoción mayor, ni he visto a dos mil personas delirantes —y con lágrimas— pasando por los parques, las plazas, las calles, los Danubios de la Viena imaginaria de Beethoven.

Lo mismo tuve la suerte de presenciar otra vez en un teatro habilitado para ópera en medio de los escombros del Berlín recién salido de la guerra. Con sus vestidos viejos muy pulidos, los berlineses llegaron puntuales, atravesando calles abiertas entre montañas de ladrillos sueltos, para asistir a la presentación de "Fidelio". Cualquiera ha podido oír mil veces el coro final de los prisioneros que logran su libertad. Pero oírlo en esas condiciones, ver cantar la libertad en medio de las ruinas, por los sobrevivientes de la más desoladora de las guerras, es algo que no podrá olvidarse jamás.

Beethoven mismo tuvo la impresión física de estar moviéndose entre dos mundos, cuando las tropas napoleónicas que él había saludado como portadoras de una revolución que llevaría a Europa lo mejor del nuevo pensamiento francés, se acercaban a su patria como avanzada de un imperialismo tan grosero como todos los demás. Al borrar la dedicatoria a Napoleón que había escrito en la primera página de la Heroica, no hizo la tachadura con la tinta que cargaba su pluma, sino con la sangre de su alma

*

Uno de los buenos pintores ingleses de los últimos tiempos, que por cierto fue consagrado universalmente escritor insigne por la academia sueca, y además ocupó el puesto de primer ministro del imperio británico —Winston Churchill— debió acaudillar políticamente los ejércitos que avanzarían desde la isla sobre el continente para producir el derrumbamiento total de una bestia apocalíptica llamada Hitler. Se movía Churchill entre las ruinas de Londres mil veces bombardeada, en busca de un signo mágico que pudiera servir de santo y seña a los soldados de la liberación. Lo halló en los dos primeros compases de la Quinta Sinfonía. Y se logró la victoria partiendo de esa fórmula mágica.

Para usar una expresión vulgar, Beethoven es para nosotros un hombre del otro mundo. Un mundo en que el coro de la Novena Sinfonía queda vibrando en el aire como si la tierra fuera capaz de producir semejante belleza. La cruda verdad es que nos movemos dentro de realidades brutales y mezquinas a las cuales aquel genio opuso una sordera total. Así construyó el otro mundo que vivió la campesinita de Gide cuando estaba ciega. erteneció Beethoven a un siglo distinto de todos los demás, llamado romántico. Románticamente, cuando se visita el cuarto insignificante de la casa de Bonn en donde nació, para no darse en la frente con el dintel hay la tentación a caer de rodillas. Sería lo justo. Del vocabulario de ese siglo hay palabras que hoy no se sabe si aún tengan sentido, pero a ellas hay que acudir para referirse a Beethoven y llamarle genial. Sólo un genio puede organizar otro mundo apoyándolo en el aire y la belleza. — (ALA).

Germán ARCINIEGAS

(Exclusivo para EL DIA)

SI bien el caso Beethoven es siempre apasionante y su vigencia actual totalmente indiscutible, que hace que nos ocupemos de él no sólo por su bicentenario, es igualmente interesante compararlo, en un determinado momento, junto al mundo intelectual, social e histórico que le tocó vivir. Epoca difícil, de transición, de tremendos sacudimientos internos y externos que nos lleva a las puertas del más acendrado romanticismo.

En 1770 vivía Europa, y en especial Viena, centro del mundo musical, una feliz y aparente tranquilidad bajo la égida de la Emperatriz María Teresa y de Francisco I que, entre sus muchos hijos tenían a la adolescente María Antonieta, luego desdichada reina de Francia. Y mientras la futura mujer de Luis XVI no soñaba siquiera su destino cruel, otro jovenito de catorce años, apenas uno menos que ella y que se llamaba Wolfgang Amadeo Mozart, componía la ópera "Mitridates".

Los hijos de Juan Sebastian Bach triunfaban en ese mundo clásico y hacían en esos momentos, oscurecer la genialidad paterna. Haydn, de casi cuarenta años ya era respetado y conocido como el gran creador de la sinfonía. Goethe, frizando los veinte todavía no había dado a conocer las desventuras del joven Werther. En el trono de San Pedro en Roma reinaba Clemente XIV. En la lejana Córcega un niño de apenas un año todavía no pensaba en ser el amo de Europa y hacerse coronar emperador por un Papa.

Mientras que en Madrid moría Tiépolo, el último destello de la pintura veneciana luego de decorar los

Beethoven y su mundo contemporáneo

Orchestra
musikalische Akademie

Herrn L. van Beethoven,

Morgen am 7. März 1824.

Im 1. Saal des Hoftheaters nach dem Abendessen.

Die hier vorzunehmende Aufführung hat die merkwürdige Bezeichnung

Erstens: Erste Aufführung.

Zweitens: Dem Herrn Beethoven, der die Welt der Musik

Drittens: Herrn Beethoven, der die Welt der Musik

Die Herrn Beethoven hat die merkwürdige Bezeichnung

Herr Ludwig van Beethoven selbst, wird an der Leitung des Ganzen Theils nehmen.

Die Eintrittspreise sind wie gewöhnlich.

Die Herrn Beethoven hat die merkwürdige Bezeichnung

Der Anfang ist um 7 Uhr Abend.

Manifiesto de la primera ejecución de la Novena Sinfonía

techos del Palacio Real, en Alemania nació un filósofo que daría que hablar: Hegel. Goya y David, que serían luego pintores de cortes se conocen en Italia bajo el impacto de un pasado y latente renacimiento.

Y el Uruguay, nuestro pequeño Uruguay, vivía su tranquilo hacer colonial y San Francisco tenía el primer órgano mientras el gran país del norte gestaba la guerra de su independencia.

Tal, el panorama del mundo en el año 1770, a cuyo final nació Beethoven.

Desde entonces hasta 1792, gran momento de su vida en que el músico tiene veintidós años y se radica definitivamente en Viena, se suceden convulsivos hechos políticos, sociales y artísticos. El "Werther" de Goethe en 1774, "La crítica de la razón pura" de Kant siete años después, el estreno del "Don Giovanni" mozartiano en 1787 que coincide con su primer viaje a Viena y la muerte de su madre, preparan una adolescencia azarosa. Y cuando tiene diecinueve años y entra como alumno en la Facultad de Letras de la Universidad de Bonn, tiene lugar la toma de la Bastilla y la declaración de los derechos del hombre y EE. UU., libre e independiente hace apenas tres años, proclama a Jorge Washington como su presidente.

Viena en 1792, con sus policromados y esculpidos palacios del barroco acoge a Beethoven con su vértigo de gran ciudad en oposición a la austera Bonn de años atrás.

El comienzo de esa segunda etapa de su vida, tal vez la única rodeada de cierto brillo exterior y éxito

En los más opuestos puntos cardinales del mundo nacen, en plazo de pocos años, quienes iban a ser el prototipo del romanticismo en varias disciplinas: Mendelssohn, Gogol, Poe, Chopin, Schumann, Liszt, Dickens, Wagner, Verdi y Lermontov.

América continúa con sus luchas de Independencia y la Argentina celebra la gloriosa Revolución de Mayo, mientras se conocen en Viena el "Egmont" sobre la obra de Goethe, el concierto "El Emperador" y la Séptima Sinfonía.

La finalización de la segunda época en la vida de Beethoven coincide con hechos que conmueven la vida política de toda Europa. Estamos en 1814 y el músico tiene cuarenta y cuatro años. Napoleón ha abdicado en Fontainebleau y se refugia en la isla de Elba.

Viena, la Viena imperial de los suntuosos castillos del barroco con sus policromadas y doradas tallas, con su vida fastuosa y despreocupada, con sus bosques de ensueño, es la sede, en ese preciso instante, del célebre Congreso de los diplomáticos de las potencias aliadas. Congreso donde reina el lujo, la frivolidad y la pomposidad y donde, al par de las reuniones políticas se realizan suntuosos bailes con increíble profusión de sedas, brocados y condecoraciones y donde todo gira vertiginosamente tras el influjo voluptuoso de la nueva danza: el vals.

Beethoven, que tocó en el Congreso de Viena ante los príncipes delegados, comienza, a partir de esos momentos, su etapa de crisis y sufrimiento y comienza también, a entregarnos las obras más importantes.

y a pesar del desastre de Waterloo, las artes y las letras nos llevan hacia un desbordante romanticismo. Ingres pinta su célebre "Gran odalisca", Gericault nos conmueve con su desgarradora "Balsa de la Medusa", Rossini estrena "El barbero de Sevilla" y poco después nacerán Coubert, Baudelaire, Flaubert y Dostoievsky.

Es la época de las tres grandes últimas sonatas para piano, las Op. 109, 110 y 111, a las que siguen los últimos cuartetos.

En la lejana Varsovia, Elsner funda el Conservatorio al que muy pronto concurrirá a recibir sus clases un Chopin, todavía niño. Y poco después todos estos hechos podrán fijarse para siempre gracias al descubrimiento de Niepce de los principios de la fotografía.

Beethoven, ya en casi continua crisis física y espiritual estrena la Novena Sinfonía y la Misa Solemne y aún debe soportar la tentativa de suicidio de su sobrino, cuya responsabilidad le recae.

El mundo musical, que ya conoce el "Freischütz", se conmueve ahora con el estreno de "Oberón" y con la casi inmediata muerte de Weber a los cuarenta años. El mundo pictórico conoce "El voto de Luis XII" de Ingres y la tremenda "Las matanzas de Scio" de Delacroix, que poco después pintaría la conocida cabeza de Chopin.

Y así llegamos a 1827. El 26 de marzo, a fines del invierno, muere Beethoven a los cincuenta y siete años y a los tres días es sepultado en el cementerio de Währing. Y en su entierro el joven Schubert de treinta años vaticina su próxima muerte que, efectivamente, acaece un año después.

En esos momentos en que el nuevo mundo ya era, prácticamente libre, Europa caminaba ideológica, cultural y socialmente hacia la eclosión del romanticismo con toda la compleja problemática que esto significa.

Rossini ya era un músico consagrado, Berlioz muy joven ya estaba gestando la Sinfonía Fantástica, que se estrenaría un año después.

Glinka, de veinticuatro años, soñaba con imponer el nacionalismo ruso y Mendelssohn, mucho más joven aún, ya había estrenado "El sueño de una noche de verano". Chopin y Schumann son aventajados esudantes y Liszt de dieciséis años ha sido llevado por su padre a París para perfeccionar sus estudios de piano.

En el mundo de las letras descuellan Vigny, Hugo, Stendhal, Balzac y Pushkin. Y si hasta entonces es Viena la capital artística del mundo en esos momentos es París quien toma ese petro.

Beethoven alcanza a vivir la conmoción del na-



El príncipe Karl Lichnowsky. El príncipe Ferdinando Kinsky (centro). La casa de Beethoven en Viena, donde redactó el testamento de Heiligenstadt (der.)

La ocupación de Viena por parte de los franceses

público coincide, curiosamente, con la desaparición de Mozart a los treinta y cinco años, con el nacimiento de dos futuras luminarias en distintos campos: Shelley y Rossini y con la convulsión política y social que significó la invasión de Bélgica, el apoyo de Rusia a Austria, la Convención Nacional y la consiguiente proclamación de la República, que trajo como fin la decapitación de Luis XVI.

El pensamiento filosófico recibe, en medio de esa turbulencia la obra de Fichte: "Ensayo de una crítica de toda revelación".

La actividad del joven Beethoven en Viena se hace cada vez más interesante y a ello contribuyen, en gran parte, sus presentaciones públicas como pianista, el estreno de los dos primeros conciertos para piano, la publicación de su opus 1 y el entrar en conocimiento con Rasumowsky, Lichnosky, Lobkowitz y Browne que tanto significarían en años posteriores.

Mientras tanto el Montevideo de 1793 asiste a la creación de la primera sala de espectáculos, la "Casa de Comedias" y la tonadilla escénica española distrae y aleja de la preocupación de los sucesos políticos mundiales que tienen eco ya en el Río de la Plata.

La iniciación del siglo XIX nos presenta a un Beethoven de treinta años que asiste con mirada escrutadora a grandes acontecimientos. Napoleón ya Primer Cónsul e inspirador de la Sinfonía Heroica defrauda totalmente al músico al hacerse coronar, en 1804, Emperador por Pío VII en Notre Dame.

Grandes sucesos científicos inauguran ese siglo, tales como la invención de la pila eléctrica por Volta y la formulación de la hipótesis atómica por Dalton. Entre tanto, Beethoven ya ha compuesto las grandes sonatas Kreutzer, Waldstein y Appassionata, las tres primeras sinfonías, los cuartetos Rasumowski y se ha llevado a cabo la primera presentación del "Fidelio". Mientras que el mundo europeo se conmueve con la aparición del "Fausto" de Goethe, el músico de Bonn luego de su pasión por Julieta Giucciardi, pasa por una tremenda crisis moral que lo lleva a escribir el famoso testamento de Heiligenstadt.

Luego del estreno del cuarto concierto para piano y de las quinta y sexta sinfonías, el compositor realiza su última exhibición como pianista. Beethoven alcanza entonces sus treinta y ocho años y al siguiente muere Haydn de sesenta y siete en medio de la gloria y del respeto de Viena, y Goethe, ya de sesenta da a conocer "Las afinidades colectivas".



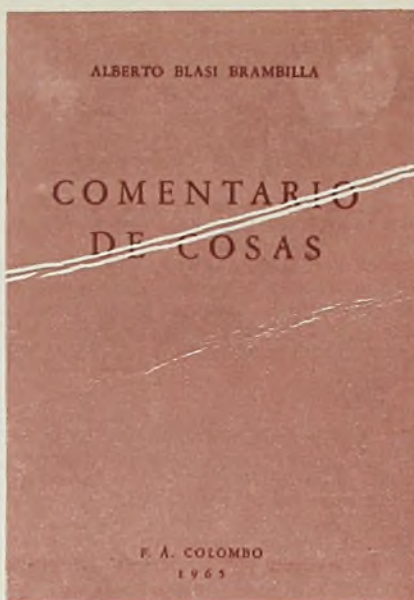
Prácticamente casi no oye nada; en poco tiempo la muerte de sus amigos y mecenas Kinsky, Lichnosky y Rasumowsky, a lo que se agrega la de su hermano Kaspar con la consiguiente tutela de su sobrino, le traen aparejados por un lado, la soledad espiritual y por el otro, tremendos problemas.

Europa sigue vertiginosamente su ritmo cultural

cimiento de una época de trascendencia histórica de grandes cambios estructurales en la vida y en las artes. Por todo lo visto, por los hombres que rodearon esa vida en todos los campos, es que su obra tiene hoy una tremenda vigencia estética y que se ha mantenido a través de un siglo de tan vertiginosa evolución como el que va desde 1770 hasta nuestros días.

Susana SALGADO

(Especial para EL DIA)



COMENTARIO DE COSAS — por Alberto Blasi Brambilla. Ed. Colombo, Bs. As., 1965. 36 págs.

Con este engañoso, casi prosaico título, descubrimos la más intensa y lírica poesía que hemos leído en los últimos tiempos. Una condición diáfana, cierto temblor interno, esa indescifrable transparencia que no puede definirse pero que *hace* y es la poesía auténtica, circula con levedad luminosa, musical y profunda en este breve poemario. "Digo mi amor aquí: todo lo digo / con palabras minúsculas y buenas. / Nombredor del oeste: aquí tu trigo / vive con lámparas y entre azucenas". Esta estrofa define la esencia entrañable del verso. Un tono apasionado, trémulo, palpitante, confiere secreta armonía a los poemas, y los seis sonetos "hasta la Cruz del Sur", de consumada belleza, muestran de cuánto es capaz este joven y talentoso escritor argentino.

Soneto V

Aquí estoy, bajo el peso de esta fosa
que es mi ciudad, en lápidas perdida.
Muerte con niños conquisté en mi vida.
Traedme un mar de espinas, y una rosa.

Nadie le diga al agua que reposa
la única verdad de mi partida.
Estoy aquí, calandria repetida,
con tu mirada misericordiosa.

Este es el mundo. Esta, la sonrisa.
Una memoria verde, inaugurada
más allá de la alondra y de la brisa.

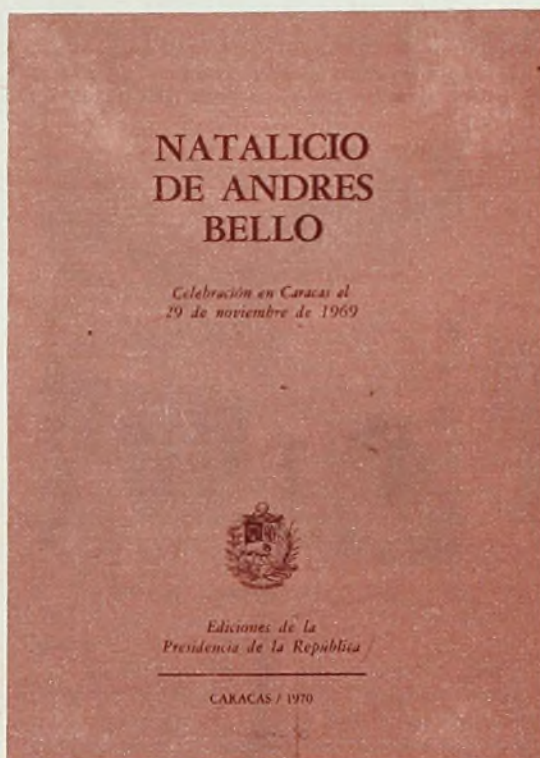
Ya estoy aquí, oh fábula del hombre.
Estoy aquí, minúscula alborada.
Decidme, por amor, cuál fue mi nombre.

Alberto BLASI BRAMBILLA
(Argentino)

(De Comentarios de Cosas)

OBRAS COMPLETAS — Tomo I: TEATRO — por Jean-Paul Sartre. Ed. Aguilar, Madrid, 1970. 1.096 págs. Prólogo de Juan Martín Ruiz-Werner.

Este volumen inicial de las obras completas de "el autor más representativo del siglo XX francés, el más discutido sin duda, el más atacado y ensalzado, y acaso también el de mayor altura intelectual y humana" — como comienza diciendo el prologuista — contiene los siguientes títulos: "Las moscas", "A puerta cerrada", "Muertos sin sepultura", "La p... respetuosa", "Las manos sucias", "El Diablo y Dios", "Nekrasov", "Los secuestrados de Altona", "Kean" y "Las troyanas". Autor por el cual el interés se renueva en cada lectura, vertebró su obra en torno del tema de la relación entre la conciencia y las cosas, y de la libertad como factor que hace posible la esencia del hombre. La profundidad conceptual del mundo sartreano hace de su teatro un ámbito denso de conflictos trascendentes, como trascendente es la creación misma de este escritor francés al que se considera el de mayor relieve de nuestro tiempo.



NATALICIO DE ANDRÉS BELLO — Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, 1970. 46 págs.

Este interesante opúsculo reúne significativos testimonios de la celebración del CLXXXVIII aniversario del nacimiento del gran humanista venezolano, el 29 de noviembre de 1969, que revistió en Caracas una particular solemnidad. En las Academias Nacionales tuvo lugar una trascendente ceremonia, en el transcurso de la cual hablaron sobre el ilustre patriojo el Dr. Pedro P. Barnola, Director de la Academia Venezolana de la Lengua; el Embajador de Chile, Dr. Alvaro Droguett del Fierro; el Dr. Rivas Sacconi, Director del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, clausurando el acto con brillante discurso el Presidente de la República, Sr. Rafael Caldera, verdadera autoridad en la vida, la obra y el pensamiento de Andrés Bello.



SOLAR ANIMICO — por Clorinda Paganini. Ed. Letras, Montevideo, 1969. 95 págs.
La poesía de Clorinda Paganini es la espontánea

confesión de una sensibilidad rica, que se desborda en la estrofa, sin ceñirse a modas ni preceptivas retóricas. Sólo le importa decir su verdad, cantar sus emociones, sus sueños, sus recuerdos. La vida ha pasado dejándole un brazado de experiencia, de añoranza, y también una infinita capacidad de ternura, comprensión, solidaridad con sus semejantes. No cabe en ella la amargura, el rencor, el pesimismo; su lección es vital, fervorosa, estimulante. Y se inspira en temas elevados y nobles.

JORGE AMADO

GABRIELA, CLAVO Y CANELA

NOVELA



GABRIELA, CLAVO Y CANELA — por Jorge Amado. Ed. Losada, Bs. As., 1969. 441 págs.

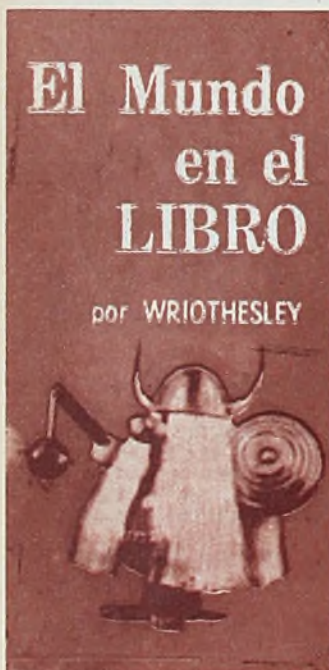
Es difícil eludir la atracción que Amado sabe ejercer sobre sus lectores. Es claro que leer esta novela después de "Doña Flor y sus dos maridos", con su picardía, su gracia, su hechizo, su desvergüenza, empalidece un poco el efecto inicial de ésta, escrita antes que la mencionada. Es lógico que la madurez lograda en "Doña Flor y sus dos maridos" (de 1966) aun no se haya logrado en la novela que comentamos, publicada en 1958. Empero, en ella están ya las claves narrativas de Amado, el refrescante soplo de una literatura que tiene una tónica saludable, joven, vital. Gabriela es la cocinera de un próspero comerciante turco, dueño de un café en Ilheus, que es el punto de reunión de los personajes de la pequeña ciudad bahiana. Humilde, libre, dócil, enamorada de su señor, lo sirve con feliz devoción, le alcanza hasta el negocio su comida, recibe requiebros y proposiciones que no acepta, pero oye halagada, hasta el día en que el patrón decide vencer prejuicios y casarse con ella para no perder a cocinera tan excelente y mujer tan codiciada. Ahí comienzan las desventuras de Gabriela. Y las del turco Nassif. Ella ahora es la señora, la dueña rica, y no puede andar libre y descalza, ni llevar la comida al esposo, ha de conducirse convencionalmente, como la situación de Nassif exige. Flor libre, pájaro libre, se amustia, se entristece, hasta que un día lo engaña, no por desamor, sino como inconsciente represalia. Nassif se divorcia, pero también se amustia, se entristece, extraña la comida y el amor de Gabriela. Vuelve a contratarla como cocinera. Y vuelve a sus brazos sin pensar de nuevo en legitimar sus relaciones. La felicidad regresa. Vale la pena leer el libro, desentendiéndose de ciertos pasajes que pintan las ambiciones políticas locales, de poco interés para lectores de otras latitudes.

LOS DEPARTAMENTOS — Cuadernos de Editorial Nuestra Tierra. Editan: Aljanati, Benedetto y Perdomo.



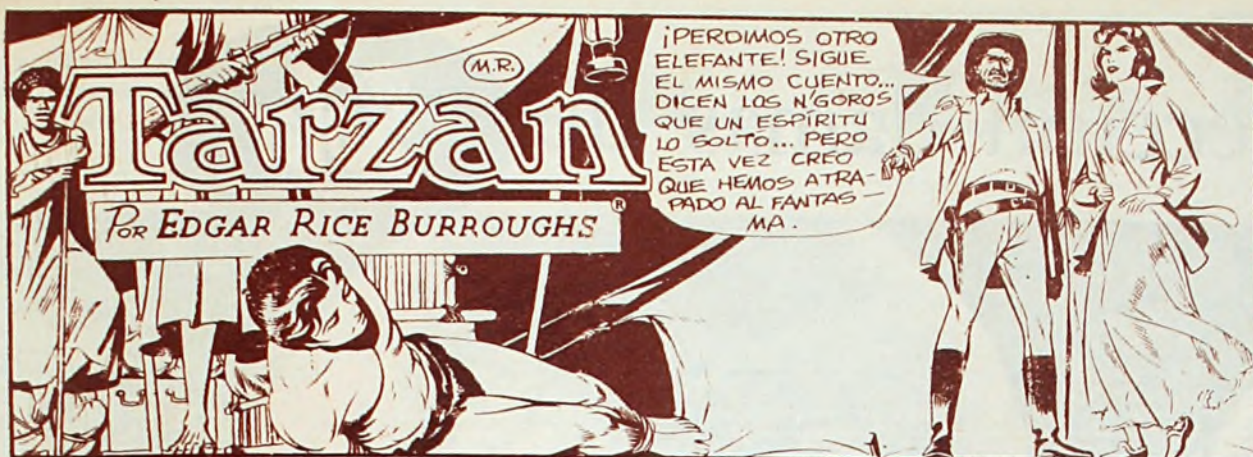
Bajo la supervisión de la Asociación Nacional de Profesores de Geografía, han comenzado a aparecer estos cuadernos que abarcarán los dieciocho Departamentos que, con el de Montevideo, componen nuestra República. El plan reviste interés: presentar una imagen del País, en aspectos significativos de cada región, para mejor conocimiento

de nuestra realidad. El propósito es encomiable, apriorísticamente considerado; esperemos que la publicación responda a este concepto. Empero, ponemos un reparo: la exclusión de Montevideo. Se expone entre los alcances que enuncia el volumen 0, el afán de bosquejar una global noción de patria, "que supere la agresiva, fomentada oposición balcanizadora actual, de Montevideo-Interior". A la vez, en esto, la agresividad es respecto de Montevideo, excluido de los Departamentos como si no lo fuera. Para responder al verdadero objetivo de la serie, debiera entonces titularse "Los Departamentos del Interior". Aún se está a tiempo de subsanar la omisión. Porque Montevideo también es Uruguay.



FABULARIO — por Eduardo Gudiño Kieffer. Ed. Losada, Bs. As., 1970. 199 págs.

La negativa impresión que nos produjo "Para comerme mejor", anterior novela de este escritor argentino — pese a la crítica laudatoria que lo ha consagrado como un "best seller" en Buenos Aires — se diluye frente al cautivante desborde imaginativo de este nuevo libro, inesperado, pero de no forzada originalidad, de envolvente fantasía y lujo verbal poco frecuente.



En su barrio, para su comodidad,
una agencia de
avisos económicos de

EL DIA

● CIUDAD VIEJA, 25 de Mayo 619 ● CENTRO, Río Branco 1212; 18 de Julio y Yaguarón ● CORDON, Av. 18 de Julio 2022; 8 de Octubre 2676 ● PUNTA CARRETAS, Brito del Pino 810 esq. 21 de Setiembre ● PARQUE RODO, Constuyente 2007 (Ag. Petraglia) ● POCITOS, Juan Benito Blanco 827 Bis ● TRES ESQUINAS, Comercio 1821 ● MALVIN, Orinoco 5048 y Michigan ● PUNTA GORDA, Avda. Gral. Paz 1421 ● CARRASCO, A. Schroeder 6465 ● UNION, Av. 8 de Octubre esq. Abreu (Kiosco Unión); Av. 8 de Octubre esq. Pirineos (Kiosco Maroñas) ● LA COMERCIAL, Av. Garibaldi 2559 ● GOES, Av. Gral. Flores 2942 ● CERRITO, San Martín 3491 ● ITUZAINGO, Av. Gral. Flores 4996 ● PIEDRAS BLANCAS, Cuch. Grande y T. Rinaldi ● ARROYO SECO, Av. Agraciada 2612 bis ● CAPURRO, Uruguayana 3513 ● PASO MOLINO, Avda. Agraciada 4109 ● AGUADA, Sierra 1906 (Agencia Progreso) ● PRADO, Cno. Castro 838 c. Millán ● PEÑAROL, Aparicio Saravia 4667 casi Av. Sayago ● COLON, Av. Garzón 1934 ● REDUCTO, Guadalupe 1490 ● RIVERA, Avda. Rivera 2621 ● VILLA DOLORES, Francisco J. Muñoz 3412 bis ● CERRO, Carlos A. Ramírez 1686 esq. Gracia ● EN EL INTERIOR — CANELONES, Treinta y Tres esquina Rodó; Plaza 18 de Julio (Kiosco Isnaldi) ● SANTA LUCIA, Bazar "El Trébol" Rivera 488 bis ● LA PAZ, Avenida Batlle y Ordoñez 215 (Bazar Jorgito) ● LAS PIEDRAS, Avenida Artigas y Lavalleja (Kiosco Luisito, Plaza); Estación Ferrocarril (Kiosco Luisito) ● PANDO, General Artigas 895 ● LIBERTAD, Carretera Colonia Km. 50 ● SAN JOSE, Mensajería Cita ● PARQUE DEL PLATA, Calle 2 esquina H. ● AGENCIAS NOTICIOSAS "EL DIA" EN PAYSANDU, SALTO, RIVERA Y PUNTA DEL ESTE

Humedad?

dejó de
ser un
problema



ASFAKOTE, logra eliminarla de azoteas, paredes, grietas y todo sitio donde aparezca. No permita que ambientes húmedos malogren la salud de su familia. Combátela con una fácil aplicación de ASFAKOTE en frío, con cuchara, pincel o escobilla.

FRAGUA RAPIDAMENTE

ASFAKOTE

UN ALIADO DE LA SALUD EN EL HOGAR

Solicítelo en todas las casas del ramo.

ventas por mayor: JOAQUIN REQUENA 1646 TEL. 41 60 24

...de la sección damas de

Soler



2

1

↑
cuerpo
2

use el crédito
más acreditado,
use el crédito
acreditado

Soler

ENAGUA con hombro, confeccionada en algodón Interlock, al precio oferta de \$

515

BATA de cama realizada en algodón y seda, cuello a la base, terminaciones de satin \$

710

CAMISON en algodón Interlock, canesú redondo y adorno de alforzas y valenciana \$

970

PIJAMA de algodón y seda, modelo clásico, con terminación de valenciana \$

1.180

SALTO de cama, capitoneado, línea recta, cuello baby \$

1.450

PIJAMA de franela decatizada, de corte clásico, saco cuello y solapa, 2 bolsillos \$

1.490

CAMPERA de lana escote a la base, tonos de moda REMERA en lana, manga corta, con guarda de color \$

1.625

1 PANTALON en sarga corte clásico, con cinturón de la misma tela, varios colores \$

1.920

POLLERA en sarga cuadrillé, corte a la cadera, detalle de aplicaciones doradas \$

1.950

ROMPEVIENTO en lana, tejido jersey, combinaciones de colores fantasía \$

3.190

2 CHAQUETON en paño, modelo cruzado, cuello y solapa, variedad de colores \$

3.930

6.250

Soler
tiene!

Soler
conviene!